XVI.

Me obstinaba en buscar las creencias de mi juventud donde habia adquirido las de mi infancia. Me agradaba el recogimiento y la oscuridad de aquellas pequeñas iglesias del campo, donde el pueblo se reune y se arrodilla para consolarse á los piés de un Dios de carne y de sangre como él. El inconmesurable espacio que media entre el hombre y el Dios sin forma humana y sin nombre, me parecia lleno por aquel misterio de la Encarnacion. Si entónces no lo admitia del todo como verdad, lo adoraba como un maravilloso poema del alma, embelleciéndolo con todo el prestigio de mi imaginacion, embalsamándolo con todos mis deseos. Prestábale colores con todas las tintas de mi pensamiento y de mi entusiasmo. Subordinaba mi razon rebelde al deseo ardiente de creer, á fin de poder amar y de poder orar. Apartaba violentamente las sombras, las dudas, las repugnancias del espíritu; y así conseguia crearme las ilusiones de que estaba cierto: para pintaros bien el estado de mi alma en aquella época, puedo decir que si no adoraba aún al Dios de mi madre como á mi Dios, lo llevaba al ménos sobre mi corazon como mi idolo.

XVII.

Cuando las palabras comenzaban á escasear en nuestros labios y el sueño se apoderaba ya de nosotros, cogia mi fusil y llamaba á mi perro; el cura Dumont me acompañaba hasta el fin de los prados, y en el cercado de Bussieres nos estrechábamos la mano. Subia silenciosamente la pedregosa colina-unas veces á la luz de la hermosa luna del verano, otras á través de las húmedas sombras de la noche, que condensaban aun más las primeras nieblas del otoño. Encontraba á la pobre anciana, que me esperaba hilando á la claridad del candil colgado á un clavo de la cocina. Me acostaba, me dormia, y despertaba al siguiente dia al ruido del vuelo de las golondrinas que entraban libremente en mi cuarto á través de los cristales rotos, para volver á comenzar las mismas ocupaciones del dia anterior.

Lo que más me ligaba al pobre cura de Bussieres era la nube de melancolía mal resignada que entristecia su semblante. Aquella sombra amortiguaba ya en sus ojos los últimos fuegos de la juventud: daba á sus palabras y á su voz cierta languidez desanimada que estaba de acuerdo con mi languidez de espíritu. Allí se adivinaba un misterio doloroso que no se deseubria jamás en las pasiones de su ánimo. Se conocia que no lo decia todo, y que sus labios guardaban todavía un postrer secreto.

Yo no pretendi jamás arrancarle aquel secreto, ni él me lo hubiera confiado nunca. Entre una confesion de semejante naturaleza y la amistad más intitima con un jóven de mi edad, mediaban las consideraciones sagradas de su carácter sacerdotal. Pero los cuchicheos de las mujeres de la aldea empezaron á revelarme confusamente algunos rumores, y más

tarde conocí aquel misterio de tristeza en todos sus pormenores. Hélo aquí:

En la época en que el obispo de Macon habia sido arrojado de su palacio por la persecucion contra el clero y llevado à la prision, el abate Dumont no era todavia sino un secretario jóven y de hermosa figura, y entónces entró en la casa del anciano cura de Bussieres, que habia prestado juramento á la constitucion. Se entregó al mundo sin reserva, se mezeló con el ascendiente de su figura, de su valor y de su talento en los varios movimientos de los partidos políticos en que se dividió la juventud de Macon y de Lyon á la caida de la monarquía y á los principios de la república, y se hizo muy notable por su antipatía y su audacia contra los jacobinos. Perseguido como realista en tiempo del terror, acabó por alistarse en aquellas reuniones ocultas de jóvenes rea-· listas, cuyas ramificaciones se estendian desde las Cevennes hasta las campiñas de Lyon.

Intrépido y aventurero, se ligó por conformidad de opiniones y por la casualidad de los encuentros, de los combates y de los peligros de la guerra civil, con el hijo de un anciano caballero del Forez. El castillo de aquella familia se hallaba situado en un agreste y desconocido valle, sobre una escarpada cima, y servia de centro á las conspiraciones y de cuartel general á la juventud realista de la corona; su anciano señor había perdido á su esposa al principio de la revolucion. Al morir había dejado cuatro hijas, salidas apenas de la adolescencia. Educadas sin madre y sin aya en el castillo de un cazador y de

un soldado, dotado de un carácter escéntrico, de un entendimiento inculto y sin educacion de ninguna clase, aquellas jóvenes no poseian de su sexo sino la estremada belleza, la naturalidad y la gracia, con toda la viveza de las impresiones y toda la imprudencia de su edad.

Desde sus primeros años las habia acostumbrado su padre á hacerle compañía en la mesa en medio de convidados de todas clases, á montar á caballo, á llevar la escopeta y á seguirle en sus cacerías que formaban la principal ocupacion de su vida. Conpréndese que tan encantadora compañía, siempre de caza, en festines ó en guerra, y al lado de un padre semejante, debia atraer naturalmente la juventud, el valor y el amor al castillo de***.

El abate Dumont, con su traje guerrero ó de caza, joven hermoso, vivo, elocuente, bien recibido y acogido por el padre, ligado con estrecha amistad al hermano, interesante á los ojos de aquellos jóvenes por la elegancia de sus modales y de su talento, llegó á ser el amigo más constante de la familia. Formaba, por decirlo así, una parte de ella, y fué para los jóvenes un hermano más. Tenia su cuarto en una torre que dominaba el territorio, y desde la cual se divisaba un gran pedazo del único camino que conducia al castillo. Encargado de avisar cuando se aproximasen gendarmes ó patrullas de la guardia nacional, velaba por la seguridad de las puertas, y tenia en órden el arsenal, siempre lleno de fusiles y pistolas cargadas, y hasta de dos culebrinas montadas sobre sus cureñas, con las que

el conde de*** estaba resuelto á metrallar á los republicanos si se aventuraban á penetrar en aquellas gargantas.

Ocupabáse el tiempo en recibir ó espedir los ocultos mensajes que fomentaban el espíritu supersticioso
y contrarevolucionario de aquellas montañas y sus
comunicaciones con los emigrados de Saboya y los
conspiradores de Lyon; en recorrer los bosques á pié
ó á caballo en incesantes cacerías; en ejercitarse en
el manejo de las armas; en desafiar desde léjos á
los jacobinos de los pueblos cercanos, que denunciaba perpétuamente aquella madriguera de aristócratas, pero que no se atrevia á dispersarlos; en velar,
en jugar ó bailar con los jóvenes de los castillos inmediatos, atraidos por el doble encanto de la opinion,
de las aventuras y del placer.

Aunque las jóvenes tomaban parte en todo aquel tumulto y estaban abandonadas á su prudencia, no habia entre ellas y sus huéspedes más que inclinaciones, preferencias y atractivos mútuos, sin desórden ni licencia en las costumbres. La memoria de su madre y su propio peligro parecia guardarlas mejor que lo hubiese hecho la más rígida vigilancia. Eran sencillas, pero inocentes, se asemejaban en esto á las jóvenes de sus vasallos los labradores, que no tenian falsa vergüenza ni hipocresia, pero no carecian de vigilancia sobre sí mismas ni del instinto de dignidad de su sexo.

Las dos mayores se habian enamorado y prometido con dos jóvenes caballeros del Mediodía; la tercera esperaba impacientemente que los conventos volviesen á abrirse para consagrarse toda á Dios, que era su único pensamiento. Serena en medio de aquella agitacion, fria en aquel foco de amor y de entusiasmo, dirigia la casa de su padre con toda la formalidad de una matrona á la edad de veinte años. La cuarta apenas tenia los diez y seis: era la favorita de su padre y de sus hermanas.

La admiracion que todos sentian hácia ella como jóven, iba unida á esa complacencia que naturalmente inspira el aspecto de las gracias y los atractivos que se desarrollan desde la infancia. Su belleza, más interesante aunque destumbradora, era la espansion natural de un alma ardiente, que deja entrever hasta sus pliegues más recónditos por medio de la fisonomia, de los ojos y de la sonrisa. A medida que se profundizaba más ella, se descubria más su ternura, su inocencia y su bondad. Por la impresion que en mí produjo al verla muchos años despues, cuando el polvo de la vida y sus contínuas lágrimas habian sin duda robado á aquel rostro la frescura de la juventud, podian aún reproducirse aquellos encantadores recuerdos de los diez y seis años.

No era ni la languidez de una hija pálida del Norte, ni el fuego abrasador de una hija del Mediodia, ni la melancolía de una inglesa, ni la nobleza de una italiana; sus facciones, más graciosas que puras, su boca espresiva, su nariz un poco levantada y sus ojos castaños como sus cabellos, recordaban más bien la desposada de la aldea ligeramente empañada por el ardor del sol y las miradas de las jóvenes, cuando ha vestido su traje de novia y esparce alrededor de

ella al entrar en la iglesia un estremecimiento que encanta, pero que no intimida.

Enamoróse sin pensarlo de aquel jóven aventurero, amigo de su hermano, cuya edad se acercaba
más á la suya que la de los otros estranjeros que
frecuentaban el castillo. La cualidad de realista daba
entónces á los que combatian y sufrian por la misma
opinion cierta familiaridad sin desconfianza en las
casas nobles, donde se les acogia como compañerosde armas.

El jóven era literato: con tal título, estaba encargado por el padre de dar lecciones de lectura, de escritura y de religion á la jóven. Ella le miraba como un segundo hermano, más avanzado que ella en la carrera de la vida. El era quien cuidaba de la jóven en las escursiones peligrosas que hacia con su padre y sus hermanas á la caza de los javalíes en la montaña; él quien apretaba las cinchas de su caballoé arreglaba sus estribos; quien cargaba su fusil, llevándolo á la espalda; quien la ayudaba á saltar los riachuelos y los torrentes; quien la traia en medio de los sotos la pieza que habia muerto; quien la envolvia con su capa para preservarla de la lluvia ó de la nieve. Tan frecuente y completa intimidad entre un jóven ardiente y sensible y una jóven cuya infancia se trocaba todos los dias, aunque insensiblemente, en adolescencia y atractivos, no podia dejar de convertirse, sin saberlo, en una primera é involuntaria pasion de amor. No hay lazo más peligroso para dos corazones puros, que el que se les prepara por la costumbre y bajo el velo de la inocencia. Ya habian caido en él el uno y el otro, cuando ninguno de los dos lo sospechaba todavía. El tiempo y las circunstancias no debian tardar en descorrer aquel velo.

El comité revolucionario de la ciudad de*** estaba instruido de las tramas que se urdian impunemente en el castillo de***. Aquel comité se indignaba de la cobardía ó de la complicidad de las municipalidades inmediatas, que no se atrevian ó no podian dispersar aquel nido de conspiradores. Al fin se decidió á estinguir aquel foco de contrarevolucion, que amenazaba incendiar el país. Formó secretamente una columna movilizada de gendarmes, de tropas ligeras y de guardías nacionales, y la hizo marchar toda la noche para llegar antes de amanecer bajo sus muros y sorprender á los moradores.

Completamente cercado el castillo mientras la familia estaba entregada al más profundo sueño, no era posible encontrar medio alguno de evasion. El comandante intimó al conde que abriese las puertas, y se vió obligado á obedecer. Traia estendidos decretos de prision contra el conde y todos los individuos de su familia, sin esceptuar las mujeres, y fué preciso constituirse prisioneros. El anciano señor, juntamente con su hermano, su hijo, sus huéspedes, sus criados y sus tres hijas mayores, fueron conducidos en carros á las cárceles de Lyon. Las armaduras, las armas y los dos cañones sobre sus cureñas, seguian como trofeos al carro de los prisioneros. De toda aquella familia tan libre y tranquila en el dia anterior, no habían logrado sustraerse á la prision

más que el huésped habitual y la más jóven de las hijas del castillo.

Habiéndole despertado en sus sueños el ruido de las armas y las pisadas de los caballos en el primer patio, el jóven se habia apresurado á vestirse y á bajar á la armería para vender cara su vida defendiendo la de sus patrones y la de sus amigos. Por desgracia, era ya demasiado tarde. Todas las puertas del castillo estaban tomadas por los soldados de la guardia nacional. El comandante de la columna se hallaba con los gendarmes en la habitación del conde, ocupado en poner sellos á sus papeles.

El jóven encontró en la escalera á las jóvenes que bajaban medio vestidas, para unirse á su padre y seguir su suerte.—«Salvad á nuestra hermana, le dijeron con acento conmovido las tres de más edad; queremos seguir á nuestro padre á donde quiera que vaya, á los calabozos y á la muerte misma; pero ella es una niña, y no tiene derecho para disponer de su vida; ocultadla á los ojos de los malvados que guardan las puertas. ¡Aquí teneis oro! La hallareis en nuestro cuarto, donde la hemos vestido con un traje de hombre. Conoceis los pasadizos secretos; Dios velará sobre vosotros; la conducireis á las Cevennes, á casa de nuestra anciana tia, único pariente que le queda en el mundo, y que la recibirá como una segunda madre. ¡Adios!»

El estranjero hizo al momento lo que le mandaban, considerándose muy dichoso en recibir semejante depósito y unas instrucciones tan conformes con su propia inclinacion.

XVIII.

Habia en el castillo de como en casi todas las fortalezas de la edad media, un pasadizo subterráneo que, saliendo desde las cuevas de la gran torre, atravesaba el cercado y daba salida á una poterna, bajando por medio de una escalera muy oscura de cuatrocientas ó quinientas gradas hasta el pié del promontorio sobre que se elevaba el castillo. Una verja de hierro, semejante al tragaluz de un calabozo, se abre allí entre rocas, dando salida á los estensos prados, rodeados de bosques, que formaban el lecho del rio y la hondonada del barranco.

La existencia de aquella puerta, que no se abria jamás, era enteramente ignorada de los republicanos. Los habitantes del castillo eran los únicos que sabian dónde estaba deposítada la llave, para servirse de ella en casos estremos. El jóven se apoderó de ella, subió al cuarto de la jóven, la arrastró llorando á través de aquellas tinieblas, abrió la verja, y deslizándose, sin ser visto, de sauce en sauce por el lecho del torrente, logró ocultarse en el bosque con su precioso depósito.

Al verse ya en los senderos de aquellos bosques conocidos, armado de dos escopetas, la suya y la de su compañera, provisto de dinero y de municiones, nada temia ya de los hombres. Consagrado á ella como un esclavo, cuidadoso y atento como un padre, llevó en pocos dias, á través de los campos, de bosque en bosque y de senda en senda, á la hermosa

jóven, que pasaba por un hermano suyo de menor edad, hasta las cercanías del pueblecito donde habitaba su tia.

Su traje de cazador le dispensaba de las esplicaciones que hubiera tenido que dar acerca del cuidado con que procuraba evitar los caminos concurridos y las cercanías de los pueblos. Además, la connivencia de los campesinos realistas y religiosos de aquellas montañas, los habian acostumbrado á respetar el secreto de aquellas fugas, tan frecuentes entónces en todo el país.

Sin embargo de esto, ántes de entrar en la población de *** donde podía ser mayor la vigilancia, creyó conveniente advertir á la tia la llegada de su jóven sobrina, y preguntarle bajo qué nombre, bajo qué apariência y á qué hora podía introducirla en su casa.

Con este objeto envió á la poblacion un muchacho, que llevaba una carta para esta señora. Despues de esperar algunas horas, durante las cuales su jóven compañera no habia cesado de llorar, afligida por la idea de una separacion tan próxima, vió volver al muchacho con la carta. Tambien la tia de la jóven habia sido presa y conducida por los gendarmes á Nimes. La casa estaba cerrada por mandato de la autoridad, y la pobre niña se veia privada del único asilo que le quedaba sobre la tierra. Aquel golpe causó, sin embargo, más sorpresa que afliccion á los dos fugitivos. La idea de una próxima y eterna separacion les consternaba más de lo que ellos se atrevian á confesárselo á si mismos. La fatalidad los re-

unia, y aún acusándola no podian ménos de bendecirla y adorarla.

XIX.

Deliberaron un momento sobre el partido que deberian tomar, y sin ponerse de acuerdo se fijaron desde luego en aquel que podia tardar más tiempo en separarlos. El jóven proscrito no podia volver á presentarse en la casa del cura de Bussiere sin ser preso al instante y sin perder á su bienhechor; la jóven no conocia ya una sola casa entre las de sus parientes del Forez que no hubiese sido cerrada por los partidarios del terror, y cuyos moradores no se hallasen á su voz proscritos. Resolvieron entónces aproximarse al castillo de*** y pedir auxilio en las montañas inmediatas en alguna cabaña de campesinos hospitalarios que permaneciesen adictos á su antiguo señor.

Retrocedieron, pues, lentamente, y llamaron durante la noche á la puerta de una viuda, que habia sido nodriza de la jóven, y cuya ternura, gratitud y cariño garantizaban su fidelidad. Aquella solitaria cabaña, asentada sobre una meseta de las montañas más elevadas, en medio de un prado cubierto de hayas, era inaccesible y estraña á toda visita que no fuese la de los cabreros ó los cazadores de las cabañas inmediatas. Pequeña, baja, encajonada en uma hondonada del barranco, cubierta con un ramaje que bajaba casi hasta el suelo y cuyo color se confundia con el de los prados, apenas se la distin-

guia desde la falda de las rocas cenicientas á que estaba apegada. Una débil columna de humo azulado que se elevaba por las mañanas y por las tardes entre los troncos blancos de las hayas, ó el fuego de la encina que salia de la cabaña del carbonero, eran las únicas señales que dejaban conocer la existencia de una habitacion humana en aquel rincon oscuro é ignorado de todo el mundo.

XX.

Aquella choza no encerraba dentro de sus muros manchados por la lluvia y fabricados de piedras angulares de granito oscuro y de pizarra, sino un pequeño cuarto donde dormian la pobre mujer y sus hijos. Servia de fogon una gran piedra, donde ardian algunos haces de retama. Al lado habia un establo más largo que el cuarto y separado del techo por un cobertizo formado de ramas entretegidas, en el cual se encerraba la yerba y la paja del invierno. Una borrica, dos cabras y algunas ovejas, se recogian allí por la noche cuando volvian de apacentarse en los montes bajo la guarda de los muchachos.

La nodriza, que hacia tiempo tenia noticia de la catástrofe ocurrida en el castillo, de la prision del conde, y de la desaparicion de la señorita á quien tanto habia querido, prorumpió en lágrimas al verla llegar en aquel estado y en aquel traje de cazador. La cedió su cama y su único cuarto, arreglándose ella un lecho de ramas al pié del de su señora, y trasladando los de los muchachos al establo, cuya

atmósfera estaba abrigada con la respiracion del ganado; además dió al forastero un poco de lana sin hilar para que con ella pudiese preservarse del frio de la noche.

Despues de prodigarles aquellos cuidados, salió ántes de amanecer para ir á comprar en las aldeas más distantes de la montaña, pan blanco, vino, queso y gallinas para el alimento de sus huéspedes. Tomó la precaucion de comprar estas provisiones en varias aldeas, por no despertar sospechas con una compra desproporcionada á su costumbre y á su pobreza. Antes del mediodia estaba ya de vuelta en la montaña, habia depositado sus provisiones en su pobre despensa, y puesto sobre el mantel la comida de los forasteros.

La nodriza habia prohibido á los muchachos que se alejasen á gran distancia de la choza, y que hablasen á los pastores de los dos cazadores que habian traido la abundancia, la alegría y la bendicion de Dios á aquella casa. Los niños, orgullosos por saber y guardar un secreto, la obedecieron fielmente. Nadie sospechó en toda la comarca que aquella choza sepultada todo el verano entre las hojas, y el invierno entre las nieblas y las nieves, encerraba dentro de sus toscas paredes un mundo de ventura, de amor y de fidelidad. Si describo con tantos detalles esta cabaña, es porque yo mismo la he visto en otra época de mi vida en un viaje que hice al Mediodia.

Nadie es capaz de inventar ni describir lo que pasó en el corazon de aquella niña y de aquel jóven, estrechados así por la soledad, por la necesidad y por

su mútuo cariño durante un año de terror, tan largo para todos en el esterior, tan corto quizá para los que en el interior de la cabaña lo pasaron en dulces conversaciones, en deliciosas confidencias y en mútuas demostraciones de afecto. Nada traspasó fuera de las paredes de la pobre cabaña, de las lilas del jardin, del lecho del torrente y de las hayas del bosque. La vida de los jóvenes reclusos no salió de tan estrecho recinto. No salian juntos sino por la noche, levando al hombro sus escopetas cargadas, y evitando siempre los senderos conocidos, á fin de ejercitar sus miembros fatigados por el reposo en largos paseos nocturnos, respirar el aire libre perfumado por el olor de las plantas, coger las flores á la luz de la luna de verano, ó sentarse el uno al lado del otro sobre las gradas llenas de musgo de una roca socavada por el tiempo, desde donde se dominaba el valle de el castillo desierto, del que no salia va ni luz ni humo, v la vasta estension del azulado horizonte, que á semejanza del mar se estendia desde allí por encima del lecho del Ródano, hasta las nieves de los Alpes de Italia.

¿Quién pudiera acusarlos, sin acusar más bien á su destino? ¿Quién pudiera decir á qué limite indeciso entre el respeto y la adoracion, entre la confianza y el abandono, entre la pasion y la debilidad, entre la virtud y el amor, se detendria en aquellas espansiones forzosas el sentimiento de mútuo afecto que se profesaban los dos jóvenes? Seria preciso tener la mirada de Dios: la de los hombres se turba: se deslumbra y se humedece ante el misterio de se-

meiante situacion. Si acaso hubo en ellos alguna falta, el hombre no puede verla sinó al través de sus lágrimas; y al condenarla la lava y absuelve con ellas mismas. El mundo cerrado, el cielo abjerto; el peso de la proscripcion que oprimia sus corazones, y los impulsaba á pesar suyo el uno hácia el otro; la semejanza de edad; la igualdad de costumbres; aquellas impresiones comunes; la misma inocencia é ignorancia del peligro; la diferencia de clases, enteramente olvidada en aquel aislamiento completo del mundo; la incertidumbre de si la sociedad se volveria á abrir jamás para ellos; el deseo natural de gozar de la libertad amenazada á cada instante, y que disfrutaban como un bien arrebatado por la fuerza; la brevedad de la vida en una época en que nadie podia contar con el dia siguiente; las tinieblas de la noche, que convidaban á la intimidad; los resplandores de la luna y de las estrellas, que embarga la vida y estravia el corazon; la estrechez de su cautiverio en la casa de la nodriza, que no dejaba distraccion alguna á sus pensamientos ni interrupcion á sus conversaciones; por último, aquel punto elevado, estrecho y casi inaccesible del espacio, que habia llegado á ser para ellos el universo entero, semejante á una isla aérea suspendida sobre la tierra que divisaban á lo léjos bajo sus piés y debajo del cielo que veian tan de cerca sobre sus cabezas; todo contribuia á precipitarlos, á estrechar con un vinculo moral todos los lazos de su alma, á hacerles buscar únicamente en sus corazones esa vida que se habia desvanecido alrededor suyo, vida doblemente dilatada en el momento en que se veian amenazados de perderla, y que no tenia más escena que la soledad ni más alimento que la contemplacion.

XXII.

¡Fueron bastante prudentes para prever, en sus pocos años, los peligros de las continuas seducciones de su soledad? ¿Fueron hastante fuertes para resistir á ellas al tiempo de esperimentarlas? ¿Se amaron como lo hubieran hecho dos hermanos?; Se prometieron algun otro nombre más tierno? ¿Quién podrá decir eso? A los dos he tratado con intimidad, y ninguno de ellos me confesó nada acerca de aquel año de aventuras. Solo noté que cuando se encontraban muchos años despues, evitaban mirarse delante de las gentes. Una sombra repentina, mezclada de rubor y de palidez, anublaba sus rostros, como si el fastasma del tiempo, invisible para nosotros, hubiera pasado por delante de ellos, deslumbrándolos con sus mágicos reflejos. ¿Era aquello un amor mal apagado? ¿Era una pasion oculta bajo las cenizas, y reanimada por un soplo de viento? ¿Era la indiferencia agitada por los recuerdos? ¿Eran pesares ó remordimientos? ¡Quién es capaz de leer en un corazon esos caractéres borrados por torrentes de lágrimas y que sólo pueden reaparecer á los ojos de

XXIII.

Más de un año pasó así, hasta que al fin se mitigó el sistema de terror en aquella comarca, y volvieron á abrirse las cárceles. El anciano conde regresó á su deteriorado palacio acompañado de sus tres hijas. La nodriza llevó á la más jóven á los brazos de su padre. El estranjero fué el último que abandonó aquellas montañas.

Al fin volvió triste y como si hubiera vivido veinte años en tan poco tiempo, al curato de Bussiere. Hacía la vida de cazador con mi padre y los nobles del país. Sólo de vez en cuando se ausentaba por muchos dias en algunas escursiones lejanas, cuyo objeto nadie conocia. A su regreso decia que los perros se le habian escapado persiguiendo á un ciervo, y que se habia visto obligado á seguirlos para traérselos. Ninguna novedad, segun las gentes, habia ocurrido en el palacio de*** en la otra provincia, sino la de que el antiguo huesped no concurria ya á él como en otro tiempo. Allí continuaba haciéndose la misma vida de caza, de festines y de franca hospitalidad que se hacía durante la revolucion.

XXIV.

Entre tanto la pobre nodriza seguia habitando la choza de la montaña, y criaba un huérfano, juntamente con sus propios hijos. Aquel niño estaba vestido de un lienzo algo más fino que el que se fabri-

caba con el cáñamo de aquellas comarcas. Veíanse en sus manos juguetes que parecian comprados en la ciudad. Cuando se preguntaba á la pobre mujer de dónde provenia aquella diferencia, y á quién pertenecia el huérfano que cuidaba, respondia que lo habia encontrado una mañana debajo de un haya, á las orillas de la fuente, cuando iba á traer agua para el dia, y que un mozo de las montañas le traia de vez en cuando ropa blanca y juguetes de marfil y de coral. Aquella caridad le habia enriquecido, segun ella decia. He conocido á ese huérfano que, eomo hijo de la proscripcion, llevaba impresa la tristeza en el alma y en las facciones.

Cinco ó seis años despues se casó la menor de las hijas del conde con un anciano, que era para ella el más dulce é indulgente de los padres. Se consagró enteramente á cuidar de su ancianidad, y él la llevó para siempre á una pequeña poblacion del Mediodia, donde tenia su residencia habitual. Su jóven compañero de destierro, que habia vacilado hasta entónces entre el mundo y la Iglesia, salió repentinamente de su indecision con la noticia del matrimonio de la jóven; y desde aquel dia no vió ya nada en el mundo que pudiera echar de ménos. Renunció á él sin trabajo, y entró en un seminario sin volver la vista atrás. Despues fué á encerrarse por algunas semanas en casa del obispo de Macon, su antiguo patrono, que salia entónces del calabozo, y terminaba su vida pobre y achacosa en casa de uno de sus fieles servidores, á pocos pasos de su antiguo palacio episcopal. El obispo le confirió las órdenes sagradas, y él fué á ejercer las modestas funciones de teniente á Bussiere, donde continuó desempeñándolas, como he direcho, hasta la muerte del anciano cura, á quien habia sucedido.

XXV.

Tal era el misterio de la vida de aquel hombre, que la casualidad parecia haber colocado al lado mio como una grata pero triste consonancia con el desencanto precoz de mi juventud, como una sonrisa amarga y resignada sobre un abismo de sensibilidad dolorida, de tristes recuerdos, de pérdidas irreparables, de amor mal apagado y de lágrimas reprimidas. Todas esas cosas se dejaban ver impresas en su actitud, en su fisonomía, en su silencio y en el acento de su voz, y esto era sin duda alguna lo que me ligaba tan naturalmente á él. Si hubiese sido feliz y sábio no le hubiera amado tanto, porque tambien hay compasion en las amistades. La desgracia es un atractivo para ciertas almas. El cimiento de nuestros corazones está formado de lágrimas, y casi todos nuestros afectos profundos principian por un enternecimiento.

XXVI.

Así pasaron para mí los dias de aquel estío de soledad y de sequedad de alma. La compresion de mi vida moral en medio de aquella aridez y de aquella tristeza; la intensidad de mi pensamiento, que ahondaba sin cesar el vacío de mi existencia; las palpitaciones de mi corazon, que ardia sin que nada alimentase su llama, y que se rebelaba contra las duras privaciones de aire, de luz y de amor, á que me habia condenado, acabaron por debilitarme y consumir poco á poco mis fuerzas físicas, produciendo una constante languidez, frecuentes espasmos, abatimiento, disgusto de la vida y deseos de morir, que tomé por enfermedades del cuerpo cuando no eran otra cosa que la enfermedad de mi alma.

El médico de la familia, que paraba algunas veces su caballo al llegar á mi puerta recorriendo los pueblos, se alarmó al verme en tal estado. Se llamaba Pascual, era bueno, sensible é inteligente; me amaba como á una planta que habia cuidado desde los primeros dias de su infancia. Me mandó ir á los baños de Aix, en Saboya, aunque la estacion de los baños habia ya pasado, y el mes de Octubre habia traido á los valles las primeras neblinas y al aire sus primeros estremecimientos. Pero lo que se proponia al recetarme los baños, era proporcionarme la distraccion, el movimiento moral, el cambio de vida y de localidad. ¡Oh! su mandato fué en aquella ocasion bien inspirado y demasiado bien obedecido.

Tomé prestados 25 luises de un antiguo amigo de mi padre, afable y virtuoso anciano Mr. de Blondel, que amaba á los jóvenes porque poseia en grado eminente la bondad, esa eterna sávia, esa inagotable juventud del corazon humano. Dí libertad á mi caballo, reuniéndolo con los bueyes que se apacentan en los prados de Saint-Point, y salí para los ba-

ños. Emprendi este viaje sin ninguna de esas vagas curiosidades, de esas aspiraciones, de esas alegrias que habia esperimentado al emprender otras escursiones; salí triste, silencioso, llevando conmigo mi soledad, con cierto presentimiento de que debia dejar en aquel viaje alguna parte de mi sér, y de que al regresar de él mi corazon no volveria conmigo.

Me refugié, pues, con un sentimiento marcado de cólera, contra aquellas risas importunas y fuera de propósito que acababan de distraerme. Me sepulté detrás de un enorme peñasco que se destacaba de la montaña, cerca del lecho reluciente por donde se deslizaban las aguas del barranco para caer perpendicularmente en el valle. Su ruido acompasado y monótono me ensordecía; su polvo, al saltar, formaba sobre mi asiento de césped una ligera niebla, que herida por el sol, se agitaba incesantemente, como los pliegues de una cortina de gasa que mueven los vientos al pasar. Continué mi conversacion interior, y me abismé de nuevo en mi tristeza. Traje á la memoria todos los sucesos de mi corta vida, y me pregunté á mí mismo si valia la pena de haber vivido, si no valdria más ser una de las gotas luminosas de aquel húmedo polvo, evaporándose al sol en un segundo y perdiéndose sin sentirlo en medio del espacio, que estar dotado de un alma que se siente vivir, desfallecer, sufrir y morir, durante años y años, y concluir por evaporarse tambien en no sé que océano que debe estar poblado de gemidos, si recoge todos los dolores de la tierra y todas las agonías del sér que siente.

No he andado más que algunos pasos, me decia no se qué, y ya me parecen bastantes! Mi actividad de espíritu se devora á sí misma por falta de alimento. ¡Siento en mi bastante fuerza para levantar estas montañas, y mi destino no me dá siquiera una paja para que la levante! ¡El trabajo me distraeria, y nada tengo que hacer! Todas las puertas de la vida se cierran delante de mi. Parece que mi suerte es ser un desterrado de la vida activa, que vive sobre el mundo de los demás, sin tener más morada que el desierto y la contemplacion.

A falta de empleo de mis fuerzas intelectuales, en algun uso útil y glorioso de mi vida, hubiera querido al ménos desarrollar la energía de amor que oprimia mi corazon, hasta ahogarlo, por no tener otro sér á quien poder estrechar contra mi seno. Hasta esa espansion natural me está prohibida. Me encuentro sólo en el mundo de los sentimientos, como en el mundo de la inteligencia y de la accion. Cuando encontré à Graziella era demasiado pronto: mi corazon no era aún bastante fuerte para amar. Despues, todos los corazones de mujeres que se acercaron al mio, eran vasos cuvo perfume natural se habian evaporado, y que no contenian vanidades, más que ligerezas ó placeres voluptuosos, falsedades del amor mundano, cieno del alma, que me disgustó bien pronto. Ahora nadie me ama ni yo amo á nadie; me encuentro sobre la tierra como si no estuviese en ella: esa roca se desplomaria sobre mí: esa lengua fulminante de agua me arrastraria consigo y me pulverizaria en el fondo de ese abismo, sin que nadie, á

escepcion de mi madre, echára de ver mi falta. ¡Y qué! proseguia yo interiormente; ¡no ha de haber en el mundo otra Graziella, cualquiera que sea la condicion en que haya nacido? ¡No ha de haber un alma jóven, pura, amorosa, que se confunda en la mia y la mia en ella, y que complete en mí, como yo completaria en ella, ese sér imperfecto, errante que gime mientras está sólo, y quo se siente tranquilo, consolado y feliz desde que comunica su corazon vacío con otro corazon que le comprende?

Y sentia con tanta amargura el fastidio de la soledad del alma, ese desierto de la indiferencia, esa sequedad de la vida, que hubiera querido morir en el acto para hallar la sombra de Graziella, ya que no podia encontrar su semejanza en ninguna de las mujeres aturdidas, ligeras, evaporadas, con que habia tropezado despues.

XXVIII.

Mientras que cubriendo la frente en las manos me anegaba así en ese luto de mi propia sensibilidad, vino á distraerme de mis meditaciones la armoniosa vibracion de las cuerdas de uno de esos instrumentos campestres que los muchachos saboyanos fabrican por las noches de invierno en sus montañas, y llevan consigo en sus largos destierros por Francia y el Piamonte, para recordar con algunos aires del país, con algun ranz des-vaches la imágen de su pobre pátria. Llaman á esos instrumentos vielles (viejas), porque charlan más bien que cantan, y sus

aires se prolongan debilitándose y bajando de tono, como las voces de las mujeres ancianas durante las veladas de la aldea.

Volví los ojos hácia el lado de dónde salim aquellos sonidos, y sin poder ser visto, á corta distancia de mí, un grupo que jamás se ha borrado de mi memoria, del que más adelante reproduje una parte en el poema de *Yocelyn*, y que el pincel de Greuze hubiera escogido para asunto de uno de sus cuadros más sencillos y más tiernos.

XXIX.

Sobre un monton de yerba, aislado del camino y separado de la cascada, entre dos rocas sobre las cuales se estendia el ramaje de dos ó tres álamos, estaban sentados al sol un muchacho de doce ó trece años, un jóven de veinte y una muchacha de diez y ocho. El niño jugaba con un perrito blanco de las montañas, de pelo largo y de orejas derechas y triangulares; perros que descubren las marmotas en las nieves de los Alpes. Entreteníase en ponerle y quitarle su collar de cuero, cuyos cascabeles hacia sonar, levantando y sacudiendo el collar con una mano, mientras que el perro se enderezaba sobre sus patas de atrás para recuperar su adorno.

El jóven vestia un largo chaquelon nuevo de paño basto, de color blanco y de mucho pelo, y llevaba unas polainas de la misma tela, que le subian hasta por encima de las rodillas, y 'delineaban la musculatura de las piernas. Sus zapatos eran tambien nuevos, y mostraban bajo las suelas gruesos clavos relucientes como puntas de diamante, que no se habian gastado aún con el uso. Un largo baston con su contera de hierro descansaba entre sus piernas; y teniéndolo entre sus manos apoyaba la barba sobre la bola que servia de remate, y parecia ser de hueso ó de cuerno. A algunos pasos de él estaba tendido en el suelo un saco con dos correas de cuero blanco, para pasar por ellas los brazos y sujetarlo al costado. Su rostro era hermoso, meditabundo, tranquilo y de espresion algo triste. Dos largos mechones de pelo de color rubio amarillento, cortados con igualdad por sus estremos, le caian á lo largo de las mejillas, á los dos lados del rostro. Miraba la contera de hierro de su palo, y parecia absorto en algun pensamiento.

XXX.

La jóven era bien formada, esbelta y de estatura algo menor que la de las mujeres de su edad que habitaban en aquellas llanuras. Habia en su cuello, en el modo de llevar la cabeza, en la union de los brazos á los hombros, en el ligero movimiento de su pecho, dónde apenas se delineaban sus senos, muy bajos como en los bustos griegos de las mujeres de Esparta, algo de osado, de altanero y de salvaje. Su vestido de lana basta, verde, adornado con un galon de hilo negro; no le cubria más que hasta la mitad de la pierna. Iba calzada con medias azules. En sus zapatos apenas se encerraban las puntas

de los dedos, y estaban sujetos jen el empeine con una ancha hebilla de acero. Llevaba un pañuelo encarnado que le caia en forma triangular sobre los hombros y se cruzaba por el pecho. Una cadena de oro alrededor del cuello. Una cofia negra, rodeada de una guarnicion muy ancha, cuyos pliegues caian como hojas marchitas sobre su frente, rodeando su rostro. Sus ojos eran del hermoso azul que ostenta el agua en las cascadas. Sus facciones eran poco pronunciadas, pero altivas, al mismo tiempo que dulces y seductoras. Su cútis era tan blanco y sonrosado como el de las mujeres que viven á la sombra de los salones de nuestras ciudades ó de los serrallos del Asia. La constante frescura de aquellas montañas, la proximidad de las nieves, la humedad de las aguas y la reverberacion de los prados, preservan á aquellas hijas de los Alpes del hálito ardiente que broncea la piel de las hijas del Mediodia.

Esta se hallaba sentada, descansando sobre su brazo izquierdo entre el muchacho, que parecia hermano suyo por la semejanza, y el jóven, á quien podia tomarse por su amante. Con la mano derecha se habia acercado el instrumento de música medio envuelto todavía en su funda de cuero. Entreteníase en producir en él algunos sonidos, dando vueltas al manubrio con el estremo de los dedos, sin escucharlos al parecer y como para distraerse de sus pensamientos. Su fisonomía era una mezcla de resolucion indiferente y de profunda reflexion, que subia del corazon á su rostro como una sombra, y humedecia sus ojos. Alguna escena muda pasaba indudable-

mente entre aquellos dos semblantes que no osaban mirarse por temor de llorar; pero que se veian y oian aparentando tener fijos sus ojos y su atencion en otra parte.

¡Ay, era aquel el drama eterno de la vida; la mano que atrae y la mano que repele; el amor y el obstáculo, la felicidad y la separacion!... A primera vista comprendí que aquella parada era la que las muchachas de las montañas hacen con sus amantes que emprenden largas escursiones, despues de haberlas acompañado solas hasta la distancia de media jornada de su aldea.

XXXI.

A SHOP AND THE RESIDENCE OF THE PARTY OF THE SECONDARY.

El sonido del instrumento rústico era el que habia escitado mi curiosidad y mi atencion.

and the second section of the sectio

Veia aquel grupo sin que él pudiese verme, por hallarme oculto tras de un matorral y del ángulo saliente en que me habia recostado. Alzando más la vista ví una anciana, encorvada por la edad, cuyos cabellos blancos agitaba el viento de la cascada alrededor del cuello. Madre, sin duda, de alguno de los dos jóvenes viajeros, se mantenia sin afectacion á cierta distancia, como para no perturbarles en su última entrevista. Parecia buscar con distraccion, y de maleza en maleza los racimos dorados de agrace-